

III

LA UNIVERSIDAD EN LA SOCIEDAD

La imagen de la universidad

Thomas Holloway

Como uno de los pocos representantes en este foro de una universidad norteamericana, tomo la oportunidad para ofrecer algunos comentarios sobre la imagen de la universidad en los Estados Unidos y la relación de tal imagen con el papel de la universidad en la sociedad. Cuando hablo de la imagen de la universidad estoy pensando en la imagen que puedan tener las categorías sociales que en general tienen acceso, o pueden por lo menos aspirar al acceso, a la educación superior. Así también, me refiero a los sectores públicos o particulares que de alguna manera aprovechan de la enseñanza e investigación que se lleva a cabo dentro de los muros universitarios. Creo que es importante reconocer que todavía hay otras categorías sociales, tanto en el Perú como en Estados Unidos, que retienen una imagen de la universidad muy remota y poco formada.

Me parece que uno de los desafíos que enfrentan las universidades, para no hacer una apelación fácil a la “democratización” de la educación superior, es esforzarse para asegurar que sus funciones y sus contribuciones puedan ser más relevantes –digamos más imaginables– a una proporción mayor de la sociedad entera. Tal vez, con la predisposición de un profesor de historia, recurro a la historia de las universidades como instituciones de estudio y enseñanza

superiores, en busca de su imagen en la sociedad. Entre varias tipologías posibles, e inevitablemente dejando de lado muchos detalles interesantes de la historia de la educación superior en el país, voy a diferenciar tres categorías de universidades en los Estados Unidos, cada una con su propia imagen, entre los que contemplan las universidades.

En la primera categoría, desde el punto de vista cronológico como también según los criterios vagos y variados del prestigio institucional, se encuentran algunas pocas universidades con puntos de origen en la época colonial, con base histórica en las “academias” de enseñanza clásica, que se destinaban a la formación de una élite social e intelectual, por no decir teocrática. Estas instituciones veneradas continúan en la llamada “liga de hiedra” –recibieron ese apodo por la hiedra que trepa las murallas de piedra de sus edificios más antiguos– encabezada por Harvard, Yale, Princeton y Columbia. El origen formal de esta categoría se asemeja a las funciones originales de muchas universidades europeas y latinoamericanas –incluso, como todos sabemos, la universidad cuyo aniversario celebramos con este foro–. La necesidad de aquellos dirigentes fue la de formar especialistas en el campo de la religión, con la diferencia de que en los casos de las colonias inglesas se trató de reverendos predicadores del santo evangelio, los “ministers” protestantes, en vez de curas especialistas en la teología de la iglesia de Roma.

Una segunda categoría está compuesta por las universidades llamadas privadas que surgieron en su mayoría durante el siglo XIX, generalmente con la fortuna de algún empresario o industrial involucrado con la visión institucional de un grupo de educadores. En esta categoría, por ejemplo, están las universidades de Duke (1838), Cornell (1865), Johns Hopkins (1876), Stanford (1885) y Chicago (1890). Por lo general, estas instituciones no tienen una afiliación ni histórica ni contemporánea con alguna denominación religiosa, pero a través de las donaciones generosas de los fundadores y de los ex alumnos exitosos en la vida, han logrado una posición destacada en el universo de las universidades norteamericanas. Como las veneradas instituciones de la “liga de hiedra”, éstas son “particulares” en el sentido de no recibir subvenciones directas del gobier-

no, pero sí reciben varios y muchos subsidios indirectos de los cofres públicos, por ejemplo la asistencia a los estudiantes, el apoyo gubernamental a los programas de investigación avanzada, subsidios financieros para la construcción de laboratorios y dormitorios, etc.

Una tercera categoría integra las universidades públicas de los estados de la federación. No hay un solo Estado en Norteamérica que carezca de una universidad estatal. Entre ellas, la gran mayoría debe su origen, o un impulso importante, a la Ley Morrell de 1862; ésta las denomina genéricamente las “universidades de la concesión de tierras”. Como estas universidades son tan importantes en la imagen de la universidad en los Estados Unidos, como tienen una historia única en la historia de la universidad en general, y como soy profesor en una de ellas, creo que vale la pena detenerme un poco en las particularidades del caso.

En 1862, es decir, durante la Guerra Civil norteamericana, el Congreso Nacional aprobó una ley, patrocinada por el senador Justin Morrell, para promover el desarrollo de instituciones de estudios avanzados y enseñanza superior en todo el país. Esa medida legislativa preveía una concesión de tierras públicas a cada uno de los Estados, en la proporción de 30 mil acres por cada representante en el Congreso Nacional (un mínimo de 90 mil acres o más que 37 mil h). El ingreso realizado de la disposición de estas tierras baldías se destinaría al sustento financiero de por lo menos una universidad en cada Estado. La ley no impuso restricciones a los estudios “clásicos y liberales”, pero implantó como requisito a las universidades beneficiarias la enseñanza e investigación en “los campos de conocimiento relacionados a la agricultura y las artes mecánicas, para promover la educación liberal y práctica de las clases industriales en las ocupaciones y profesiones de la vida”.

Este arreglo se ha llamado un “pacto educacional con la ciudadanía”, que representaba la concesión de recursos públicos (en la forma más abundante y perdurable –las tierras públicas) a cambio de hacer asequible a las “clases industriales” una educación superior en los campos de estudio de utilidad profesional y ocupacional. Hoy en día hay universidades públicas en cada uno de los 50 estados

(inclusive en el Estado asociado de Puerto Rico) beneficiarias de la ley Morrell y las medidas sucesivas relacionadas. Muchos especialistas en la historia de la educación superior en los Estados Unidos atribuyen a la Ley Morrell de Concesión de Tierras no sólo el crecimiento del sistema universitario del país, sino también la imagen de la universidad pública en la mentalidad popular.

Ahora bien, a pesar de que los sectores sociales que integran las universidades no siempre piensan en los detalles de esta historia, se ha formado una imagen bastante definida de lo que significan las universidades públicas en Norteamérica. Me siento seguro en afirmar lo anterior con base en las tradiciones que han establecido las universidades públicas y la experiencia personal de generaciones de familias de las clases medias e “industriales” desde la expansión de las universidades estatales con la Ley Morrell, y especialmente después de la Segunda Guerra Mundial.

De esta manera, la percepción de la imagen podemos resumirla en los siguientes puntos: primero, los costos son subsidiados por los cofres públicos, y los beneficios son considerados no sólo como provecho individual sino un bien común. No se trata de educación gratuita garantizada, pero sí a un costo muy reducido para el estudiante, reconocidamente menos que el costo “real”. Como punto de comparación, en las universidades particulares, cada estudiante (o sus familiares, o un programa de becas individuales) paga actualmente alrededor de \$20 000 al año. El precio análogo en las universidades estatales para los residentes del mismo Estado varía entre \$1 000 y \$4 000 al año.

Es importante anotar que el costo reducido, subsidiado por el contribuyente, no equivale a una política de “puertas abiertas” que ceda paso a quienquiera entrar en la universidad. En muchos casos, los requisitos individuales necesarios para ganar entrada son bastante estrictos o elevados. En este sentido, en términos cuantitativos, se ha producido una “masificación” de la educación superior en los Estados Unidos (para citar la crítica conocida de Ortega y Gasset), pero no tanto una reducción generalizada del nivel de la enseñanza, ni de la preparación intelectual de los aspirantes. En efecto, la disponibilidad de una educación superior de cierta calidad, a un costo

médico, ha sido un incentivo a las comunidades locales para mantener y mejorar las escuelas públicas secundarias, donde la gran mayoría de jóvenes adquieren la formación necesaria para ganar entrada a las universidades.

Como segundo punto, una parte importante de la imagen que estamos hablando, en la línea del "pacto educacional con la ciudadanía", es que las universidades estatales asumen un compromiso. Éste se basa en la obligación de servir a la sociedad a través de la educación e investigación no sólo en los campos abstractos de la ciencia pura y el conocimiento teórico, sino también en las artes mecánicas y los campos "de utilidad profesional y ocupacional", en el lenguaje de la ley de 1862. Pero como la misma ley explícitamente abrió campo a los estudios "clásicos y liberales", las universidades estatales patrocinadas por la concesión de recursos públicos no se promovieron como escuelas politécnicas o de formación meramente profesional. Casi todas ellas, en cambio, incorporan también facultades de ciencias sociales, humanidades y las artes liberales tradicionales. En este sentido ellas representan una fusión de los estudios clásicos de las academias veneradas, con los estudios de utilidad práctica y profesional.

¿Cómo se encuadra un centro interdisciplinario de estudios de las Américas, en esta mezcla de artes liberales y estudios prácticos de la universidad pública, a servicio de los contribuyentes que pagan la cuenta? En los años recientes, algunas universidades han dado impulso a la coordinación de esfuerzos para mejor entender los procesos globalizantes que afectan la vida diaria de la sociedad. La imagen de la universidad responde así a quienes pagan gran parte de la cuenta, pues según ella misma la sociedad tiene el derecho de cobrar, en términos generales, resultados de las actividades dentro de las universidades. Como se encuentran en el mismo campus, como resultado de la historia que he resumido anteriormente, especialistas en estudios lingüísticos y literarios, historia, sociología, antropología, ciencias económicas y políticas –todos con la responsabilidad, en principio, de servir al público y al bien común–, se reúnen para promover un intercambio de perspectivas. Se impulsa, entonces, estudios e investigaciones sobre asuntos, situaciones y procesos que

no se someten a una perspectiva estrecha y monodisciplinaria, por no decir monocultural y etnocéntrica.

En este sentido, la idea de un centro o instituto de estudios internacionales –o regionales en el caso del Instituto Hemisférico de las Américas en la Universidad de California, en Davis–, se puede entender como una extensión lógica de los principios subyacentes en la Ley Morrell y sus secuelas. De esta manera, los jóvenes de las clases medias e “industriales” tienen la posibilidad de formarse en el estudio de ideas, pueblos, culturas y conceptos que se encuentran más allá de las preocupaciones personales de la formación profesional individual y de los intereses inmediatos de la comunidad local o estatal, en el mundo globalizante en que vivimos.

La universidad en un mundo globalizado

Max Hernández

El hecho de que esta presentación siga a la del profesor Holloway ha determinado que, mientras lo escuchaba, fuera estableciendo algunos contactos, algunos contraluces, algunos cotejos con el panorama sucinto que nos ha presentado sobre la universidad pública norteamericana. Probablemente por ello parte de lo que voy a decir esté entrecortado. Creo que es más importante contribuir a una reflexión conjunta en este foro que plantear solamente lo que traía preparado.

Quiero empezar señalando algunos hechos muy concretos y específicos sobre lo ocurrido en el Perú y en el mundo en el último tercio del siglo XX. El conjunto tan acelerado de cambios que el mundo y nosotros vivimos fueron puntuados por algunas graves crisis en lo social, en lo económico, en lo político y en lo cultural.

Particularmente, estoy de acuerdo en que la segunda mitad del siglo XX significó la transformación más profunda del Perú en su historia republicana, probablemente incluso de su historia colonial, si dejamos de lado el tumultuoso desarreglo que significó la conquista española. Durante ese tiempo, la última mitad del siglo pasado, el cuerpo social peruano sufrió modificaciones muy radicales como consecuencia esencialmente de un proceso migratorio. Hay quienes di-

cen que el rostro del Perú fue otro, hay los que dicen que por primera vez volvió a semejarse al rostro que este país tenía antes de llamarse Perú, hay otros que dicen que el Perú profundo surgió a la superficie de esta vieja capital virreinal en la cual se asentaba esta universidad desde hace cuatrocientos cincuenta años.

Si nos circunscribimos al ámbito universitario y nos remitimos brevemente a las cifras observamos que, hacia 1950, el censo universitario de estudiantes era de apenas unos 17 000 alumnos; en 1970, es decir, veinte años después, subió a 110 000. En 1990 a 314 000 y probablemente el día de hoy llegue a medio millón de estudiantes. Este notable salto cuantitativo corresponde al conjunto de exigencias de un país esencialmente urbano y con una alta tasa de alfabetización, fruto de la transformación de un país mayoritariamente rural y en alta medida analfabeto. En consecuencia, ello plantea un salto cualitativo en las demandas universitarias, pues la explosión de la demanda tuvo como contrapartida un lamentable deterioro cualitativo de un sector muy importante de la educación superior y particularmente de la educación universitaria pública y laica.

El Estado, por decirlo con un eufemismo, ha hecho bastante poco por aminorar la baja notable de la calidad educativa. La dramática crisis de las universidades nacionales nos exime realmente de mayores comentarios. Un primer punto interesante en la exposición del profesor Thomas Holloway es que cuando en Norteamérica se refieren a la universidad pública, no dicen nunca que ésta es sostenida por el Estado sino que es sostenida por los contribuyentes. En este distinguo se observa ya la diferencia que estos dos países tienen respecto al ámbito de lo público.

De lo que no queda duda es de que hay una enorme avidez por la educación que coincide con un momento especial del desarrollo planetario. La educación, la ciencia, el conocimiento, la información parecen ser los ejes fundamentales del desarrollo social. En su conferencia magistral, el ex presidente Valentín Paniagua señalaba que ya no es ni el capital financiero ni el capital industrial los que están planteando el movimiento esencial de las riquezas, sino la información y el conocimiento.

Ahora bien, la universidad, y particularmente la Universidad de San Marcos con sus cuatrocientos cincuenta años, ha sido el centro

nervioso de la educación superior, de la vida académica y de la formación científica. Además, su compromiso no sólo fue con la creación y transmisión del conocimiento en ciencias y en humanidades, sino buscó preservar un clima de libertad académica que evidentemente se radicalizó después de que se escucharon en estas costas los ecos del grito de la reforma de Córdoba. San Marcos, por su antigüedad y su compromiso con la historia nacional, es indudablemente parte esencial de la comunidad nacional del conocimiento. Sin embargo, doy énfasis en que es parte esencial porque quiero proponer en función de nuestra imagen, de nuestra realización, la urgencia de que San Marcos asuma con absoluta conciencia la necesidad de intercambios culturales, interuniversitarios, internacionales y se inserte en el ámbito de una comunidad más amplia que la que nos da nuestra historia, nuestra tradición y nuestras aulas.

Pero cómo imaginar, entonces, la relación actual de San Marcos con nuestra sociedad, con nuestro país, con nuestra región en un mundo globalizado –y me pareció muy interesante la manera en que lo describió Holloway no como “globalizado” sino “globalizante”, con el énfasis en el proceso que en este momento se está dando–. Cómo imaginarnos entonces la contribución de San Marcos al bien común en estos momentos en que las comunicaciones que integran al planeta revelan a la vez las graves injusticias y desigualdades y nos hacen ver lo injusto de un orden global fracturado. Dicho de otra manera, podrá San Marcos ser parte de la universidad peruana pero también parte de la universidad comunitaria internacional; contribuir de alguna manera a la transformación de esta extraña aldea global, por usar la resobada frase de McLuhan y aspirar, tal vez, a un orden civilizatorio universal, si recurrimos a la expresión de Aldo Ferrer.

La organización de las Naciones Unidas, que está preparando la cumbre del milenio, hizo una interesante analogía y nos planteó que tomáramos en serio la idea de que el mundo es realmente una aldea planetaria, una aldea global. Puso como ejemplo la proyección de las cifras globales sobre una aldea imaginaria, metáfora del planeta, que cuenta con mil habitantes. Estos mil habitantes resumen todas las características de la raza humana que hoy día está distribuida en las proporciones que sabemos existen en el planeta.

¿Qué aspecto tendría esta aldea planetaria?, ¿cuáles consideraríamos que son sus principales problemas? Sería que unos ciento cincuenta de los mil habitantes viven en una zona próspera de la aldea y aproximadamente setecientos ochenta en barrios más pobres; unos setenta viven en un barrio que está en transición. Los ingresos promedio por persona son de 6 000 dólares al año y hay más familias de ingresos medios de las que había antes. El 86% de toda la riqueza de esta aldea imaginaria está en manos de sólo doscientas personas, mientras casi la mitad de los aldeanos se esfuerza por sobrevivir con menos de dos dólares por día. El número de hombres es superior al de mujeres por un pequeño margen, pero son mayoritariamente las mujeres quienes viven en pobreza. Ha aumentado la alfabetización entre los adultos pero unos doscientos veinte aldeanos, las dos terceras partes de ellos mujeres, son analfabetos. De los trescientos noventa habitantes de menos de veinte años, las tres cuartas partes viven en los barrios más pobres y muchos buscan desesperadamente puestos de trabajo que no existen ni se avizoran. En la aldea planetaria, menos de sesenta personas poseen una computadora y de los mil sólo veinticuatro tienen acceso a Internet. Más de la mitad no ha hecho ni recibido jamás una llamada telefónica, olvidémonos del Internet y de la computadora. En el barrio próspero se puede esperar vivir 78 años, en las zonas más pobres 64, y en los barrios de pobreza extrema 52. Cierto que cada una de estas cifras implica una mejora respecto a la situación de hace unos cuantos años; pero, ¿por qué tan grandes distancias con respecto a los más pobres?

Repito, este no es un texto que provenga de mi juventud radical, es un texto del establishment de Naciones Unidas. ¿Por qué en sus barrios hay una incidencia mucho mayor de enfermedades contagiosas y de mal nutrición, además de una falta aguda de acceso al agua potable, al saneamiento, a la salud, a viviendas adecuadas, a la educación y al trabajo? Como vemos, es imposible mantener la paz en esta aldea. Hay algunos barrios relativamente seguros, seguros porque tienen quién los proteja pero en otros reina la violencia organizada. La aldea ha sufrido cada vez más desastres naturales relacionados con el clima, entre ellos tormentas imprevisas; cambios repentinos de inundación a sequía y temperatura media se elevan ostensi-

blemente día a día. Cada vez hay más indicios de que hay una relación de estas dos tendencias y que el calentamiento está relacionado con el tipo y cantidad de combustible que se utiliza, tanto en los hogares como en la industria. El nivel creativo se está reduciendo, etc. Entonces, cabe hacernos una pregunta que consideramos central y que se la formularía cualquier habitante de esa aldea: ¿cuánto tiempo esa aldea puede sobrevivir en dichas condiciones si no se toman medidas para asegurar que todos sus habitantes puedan vivir sin pasar hambre, sin estar a merced de la violencia, bebiendo agua potable, respirando aire puro y sabiendo que sus hijos, cuando menos, tienen una posibilidad mínima de realización?

Entonces, cómo puede la universidad, esta universidad cuyos valores ligados a su historia son parte del patrimonio cultural de nuestro país, contribuir en ese marco. Podrá hacerlo sola o más bien podrá San Marcos asumir su condición de ser la universidad pública, estatal, más importante del país pero con un concierto de universidades que marcan un arco iris muy diverso. San Marcos tendrá que aprender a cooperar porque de otra manera no alcanzaremos la masa crítica de profesionales capaces de contribuir a la creación de la cultura.

¿Cómo nos preparamos para el cambio en esta universidad que probablemente está dentro de los sectores más beneficiados y privilegiados de la aldea global aun cuando nos encontremos en situaciones tan limitadas? ¿Cómo insertarnos en redes de apoyo estructuradas y no estructuradas? ¿Cómo aprender a vencer aquellas resistencias al cambio que surgen de una mera oposición al progreso de parte de las tendencias conservadoras de la mentalidad humana; de aquellas resistencias que, por el contrario, defienden valores fundamentales, locales, nacionales o regionales que podrían perfectamente aspirar al alcance universal pero que se encuentran confinadas a espacios limitados y muy pobres que terminan erosionando esos valores y transformándolos en dogmatismos y fanatismos? ¿Cómo aprender y propiciar el uso de las nuevas tecnologías de información? ¿Qué es lo que puede hacer San Marcos en estos instantes? ¿Cómo ofrecer lo que tenemos de imagen para pensar en una nueva ética de la gestión? ¿Cómo puede una universidad como la nues-

tra, que ha estado hasta hace poco intervenida, propiciar una pluralidad cultural que no se esterilice en consensos blandos e inútiles sino que permita en la fricción del debate y el intercambio la posibilidad de un diálogo abierto? ¿Cuál puede ser la contribución de San Marcos a la defensa de los ecosistemas, al enfrentamiento de los cambios climáticos, a la administración de los recursos hídricos?

San Marcos tiene una tarea importante en la recuperación de la identidad cultural de nuestro país, en el rescate y valorización de su unidad histórica y una contribución hacia los aspectos esenciales de una identidad viva y, por lo tanto, en cambio permanente. ¿Cuál puede ser el aporte de San Marcos, no solamente al desarrollo cultural, científico, académico, a la investigación y al desarrollo, sino su contribución a la necesaria autoestima, a la urgente sensación de dignidad y valorización de lo propio?

Conversaba con el profesor Jorge Secada sobre un libro del norteamericano Richard Rorty en el que el filósofo dice que el orgullo nacional es a un pueblo lo que la autoestima es a una persona. Un orgullo excesivo bordea en la soberbia o en la arrogancia y sabemos que la arrogancia –y aquí está hablando más bien el psicoanalista–, produce estupidez y desdén por los demás. Pero, la falta de autoestima lo único que produce es una sensación de incapacidad y de impotencia. Es posible que San Marcos, a través de su actividad cotidiana, pero también a través de las actividades extracurriculares, mediante una revalorización de todo lo que significó en la ciencia, en la cultura, pero también en el acontecer político nacional, pueda contribuir a fortalecer esta autoestima. Creo que esto dependerá de la toma de conciencia de que es necesario colaborar con el resto de la comunidad universitaria, buscar y encontrar puntos de contacto, buscar soluciones de consenso, rescatar la calidad educativa, darnos cuenta de que tenemos que juntar una masa crítica importante.

Hay, en el aire, una propuesta que está circulando. Es una propuesta de crear una fundación de cátedras del Perú. No es algo como el Colegio del Perú, que una vez se soñó, porque creo que sería utópico imaginarlo, pero sí una fundación de cátedras del Perú que esté al servicio esencialmente de las universidades públicas, pero que no

excluya a las universidades privadas. Allí estarían agrupados los profesores y mucha gente que está fuera podría visitarnos y trabajar con nosotros; además, los investigadores jóvenes podrían trabajar algún tiempo aquí o pasar una temporada fuera.

Iniciativas como la anteriormente señalada harán que San Marcos pueda recuperar un liderazgo, pero que esta vez no será el liderazgo de lo que fue durante mucho tiempo, siendo casi la única universidad en nuestra patria, sino el de una universidad que con sus hermanas quiera participar en la recuperación de nuestra calidad académica y de nuestra dignidad patria y nacional.

El rol de la universidad en la sociedad peruana

Ruth Shady Solís

Universidad y Estado

Si bien la docencia y la investigación son tareas fundamentales del quehacer universitario, éstas no deben desenvolverse de espaldas a la realidad del país y de sus problemas. La universidad nacional, en mayor medida que otras universidades, tiene el compromiso de devolver a la sociedad lo que ésta invierte en ella. Los integrantes de la universidad atendida por el Estado, que es el representante jurídico de la nación, estarán en condiciones de retornar a su sociedad una calidad de trabajo en concordancia con el nivel de formación recibida. Si el gobierno de turno desdeña a la universidad estatal y la condena a limitados recursos, entonces está destinando a los profesionales de ésta a la mediocridad y a un nulo o empobrecido aporte a la sociedad.

La universidad en el Perú

De los cinco millones de años que tiene la especie humana y de los cinco mil años de experiencia en el desarrollo de vida civilizada en el Perú (como lo demuestra la ciudad de Caral en el valle de Supe),

sólo a partir de las últimas décadas del siglo XIX el conocimiento científico y tecnológico ha sido impartido formalmente, en forma masiva, y ha ocupado un lugar relevante en el desarrollo social.

A partir de la segunda mitad del siglo pasado, con la creciente migración poblacional hacia las ciudades, las universidades se han tornado en instituciones de creciente atractivo para la juventud, que acude a ellas y acumula expectativas que el país no está preparado para atender. La creación de numerosas universidades con el fin de atender tal demanda no ha sido suficiente para garantizar mejores condiciones de vida en las urbes ni el cambio social esperado, como ha quedado demostrado a través del tiempo. Presupuestos limitados han generado niveles de enseñanza empobrecidos, agudizados por políticas educativas erradas, de espaldas a la diversidad geográfica, histórica, cultural y social del país, que sólo han servido para mantener el sistema social vigente, con fuerte desigualdad en la distribución del ingreso nacional.

La década de conflictos sociales por todos conocida, en la que se involucraron connotados profesionales, egresados de las universidades, no ha sido sino la respuesta de parte de ese sector de la población a las frustraciones e insatisfacciones provocadas por un sistema sociopolítico tradicionalmente dependiente, de espaldas a los problemas de los peruanos.

Al respecto cabe hacer algunas reflexiones: ¿el gobierno central y los regionales o locales están evaluando racionalmente la situación socioeconómica de cada parte del territorio nacional, al margen de intereses individuales o de los intereses mercantilistas de gobiernos o empresas foráneos? De no ser así, ¿cuánto tiempo podrá transcurrir para que se susciten nuevamente conflictos como los pasados? ¿Estamos aprendiendo de la historia, respecto a la cual muchos podemos dar testimonio directo todavía?

El rol de la investigación universitaria en el contexto social y político del Perú

La investigación es la actividad nuclear del quehacer universitario, de su calidad dependerá también la buena o mala formación que

en la universidad se imparta. Profesores que investigan, por las exigencias de su estudio, están familiarizados con la producción bibliográfica actualizada, garantizan la alta calidad de su enseñanza. Pero en el esfuerzo por alcanzar un buen nivel deben estar comprometidos no sólo el docente sino también la universidad y el Estado. Los profesores deben contar con salarios suficientes para asegurar la satisfacción de las necesidades familiares e intelectuales y, a cambio, podrán dar a la universidad una dedicación exclusiva. Es necesario también contar con bibliotecas y laboratorios bien equipados, que permitan el acceso al conocimiento científico y tecnológico actualizado. Es indispensable, asimismo, que los docentes posean una formación integral, una sólida actitud vocacional y la voluntad de contribuir con sus esfuerzos en beneficio de los cambios necesarios para el país.

Sin embargo, el Perú requiere maestros que, sin perder el contexto de los avances a escala mundial, tengan permanentemente en perspectiva la realidad diversa y sus múltiples necesidades. Se necesita una universidad librepensadora y crítica, comprometida con los requerimientos del país, que dé lineamientos y derroteros. Pero, ¿cómo conseguir esto?, ¿cómo romper el círculo vicioso para hacer confluir Estado y universidad en bien de la sociedad nacional? Creemos que ello sólo será posible mediante un cambio en la actitud de nuestros líderes, de la comunidad universitaria y de la sociedad civil. Los primeros deben volver sus ojos al país y tomar conciencia de la impostergable necesidad de afrontar sus numerosas realidades. Para ello pueden usar de mediadores a los universitarios, cuyo conocimiento podría ser utilizado, asimismo, para plantear diferentes soluciones a diversas clases de problemas. En este contexto es clave la participación organizada de los estamentos de la sociedad civil, con la finalidad de impulsar estos cambios.

El rol de la Arqueología

En el desenvolvimiento de mi profesión, he trabajado en varios lugares del país. Primero en el nororiente, en Chota y Pacopampa, luego en Bagua y más tarde en el área central y norcentral, en Végueta, cerca de Huacho y actualmente en Supe y Maranga, en el valle del

Rímac. Mi trabajo de investigación en todos esos lugares cumplía con efectuar lo que consideraba correcto; hacía las excavaciones, procesaba los materiales, comparaba, interpretaba y escribía artículos presentados en publicaciones y reuniones científicas del Perú y del extranjero. Transitaba por el camino profesional guiada de una fuerte vocación, que permitía contrarrestar la indiferencia de algunos y las fuertes trabas de otros. Si bien seguía los acontecimientos socioeconómicos y políticos del país y tenía conciencia de que no era un agente activo en el desenvolvimiento de ellos, no hacía nada fuera de aquello que consideraba estrictamente profesional.

Esta actitud cambió, sin embargo, como consecuencia de las investigaciones emprendidas en Caral, Supe. La pregunta de un lugareño me sacudió fuertemente: "¿Por qué los hombres de Caral pudieron construir una ciudad con edificios monumentales, que son admirados por peruanos y extranjeros y en cambio nosotros, actualmente, no tenemos capacidad para hacer obras parecidas?" A partir de entonces fui ampliando mi quehacer; además de realizar el trabajo arqueológico, dediqué parte del tiempo a conversar con la población de los alrededores de Caral. Entonces, conocí los problemas económicos y sociales que afrontaban los lugareños, pude descubrir la actitud que tenían frente a la vida y a las cosas. En reiteradas oportunidades, al preguntarles por las personas que construyeron el asentamiento arqueológico de Caral, respondían identificándolos como "gentiles". Al requerirles acerca de quiénes eran los gentiles, la respuesta era "seres gigantes, diferentes a nosotros, por eso pudieron hacer obras maravillosas". En estas respuestas creo que se puede encontrar una de las causas del principal drama que debe afrontar el país: la disminución de la autoestima social de sus ciudadanos, la convicción de que no existe la capacidad para hacer obras de relevancia. Se tiene la certidumbre de que los productos extranjeros son buenos y que los nacionales tienen mala o dudosa calidad.

A partir de entonces, el proyecto arqueológico Caral involucró las variables realidad nacional y población actual como aspectos fundamentales de la investigación: hacer que ésta pueda vincularse a la sociedad y, así, contribuir a mejorar las condiciones de vida de sus integrantes. En estos aspectos residen las diferencias entre las inves-

tigaciones arqueológicas realizadas por peruanos y las efectuadas por norteamericanos o europeos. Estos trabajan para recuperar el conocimiento histórico, llegan por algunos meses, excavan, retornan para procesar los materiales recuperados y escriben sus informes o libros. Los arqueólogos peruanos también excavamos, procesamos, interpretamos y escribimos, pero expresamos nuestro compromiso con la población peruana al tratar no sólo de estudiar y conservar los monumentos sino de vincular nuestros resultados con las expectativas de las poblaciones y ponerlos al servicio de la solución de sus problemas socioeconómicos. La puesta en valor del patrimonio arqueológico responde a esta perspectiva.

En el caso del Proyecto Caral hemos elaborado un programa agresivo de difusión sobre los resultados de las investigaciones. Para ello se ha tenido en cuenta a la población local, provincial, nacional e internacional en torno a los siguientes fines: mejorar la autoestima de los peruanos en todos los niveles y hacer de Caral un centro de investigación y de atractivo turístico de primer orden, convirtiéndolo en el eje del desarrollo socioeconómico de la provincia de Barranca y del país en general. Testimonian nuestro esfuerzo numerosas publicaciones presentadas en Perú, Francia, Estados Unidos y Alemania, ya sea en forma de libros, revistas, folletos, trípticos y afiches; varias exposiciones museográficas, hechas en Supe, Barranca y Lima (Museo de la Nación, Palacio de Gobierno, Congreso de la República y, actualmente, en el museo de la universidad); conferencias en foros diversos en el país y en el extranjero; organización de viajes y visitas guiadas para mostrar los resultados de las investigaciones; entrevistas en diversos medios de comunicación (radio, prensa escrita y televisada) del Perú y de otros países. En cuanto se tengan los recursos económicos necesarios se procederá a la elaboración del Plan Maestro, que permita ubicar a Caral en el contexto de la provincia, hacer el diagnóstico y formular el plan de desarrollo para garantizar una aproximación integradora a las necesidades de sus cinco distritos.

También nos hemos acercado a diversos grupos ocupacionales de la provincia (pescadores, junqueras y agricultores), para aprender de la tradición cultural, felizmente conservada, y para transmi-

tirles, asimismo, información sobre el manejo del territorio y los recursos que supieron aprovechar las poblaciones prehispánicas de modo sustentable. El trabajo ha sido muy fuerte pero los resultados se van apreciando. Por lo pronto, el grupo de junqueros ha empezado a producir obras artesanales para su venta en Caral. Asimismo, la población de la provincia de Barranca y del país en general ya está reconociendo a Caral el sitio que ocupa en la historia del Perú y se sienten orgullosos de su patrimonio monumental. Sin embargo, todavía hay mucho por hacer. Sólo nos hemos dado cuenta de la existencia de un camino y de la distancia que se debe recorrer para llegar a nuestra meta, pero ya hemos empezado a andar por esa vía.

Lecciones de la Arqueología

La arqueología muestra en forma reiterada que el Estado inca y los varios estados prehispánicos llegaron a estructurar una organización social que vertebraba bajo el sistema político todas las acciones de la sociedad: las actividades agrícolas (construcción y mantenimiento de los canales de irrigación y reservorios, implementación de camellones o terrazas), las religiosas (edificación de templos y altares), políticas, sociales y militares.

Para ello, se aplicó una eficiente administración con funcionarios distribuidos en jerarquías que abarcaban todo el sistema, desde el nivel local hasta el gobierno central. Este sistema sociopolítico tuvo cuatro milenios y medio de experiencia estatal interrumpida en el siglo XVI. Con la llegada de los españoles se produjo un fuerte cambio político; el nuevo sistema vinculó al país con los intereses de la metrópoli. Progresivamente se fueron relajando las estructuras que articulaban a cada habitante en forma organizada con el sistema estatal más general; con la persecución a las creencias y prácticas religiosas y culturales se fue mellando la autoestima de la población. El advenimiento de los gobiernos republicanos no significó, sin embargo, la recomposición del sistema nacional; el país trasladó su dependencia a otras metrópolis (Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón) y no se volvió a vertebrar una organización ajustada a la diversidad de su realidad geográfica social y cultural.

La política universitaria

Es necesario incidir en la importancia crucial que tiene la formulación de una política universitaria que esté en concordancia con la realidad del país, bajo la convicción de contribuir a su desarrollo. Se requiere de un programa de largo aliento, debidamente planteado en relación con la realidad nacional, y ampliamente discutido.

Las autoridades de la universidad son elegidas periódicamente y su cambio no debe perturbar el curso institucional de la vida universitaria, en beneficio de la comunidad universitaria y de la sociedad peruana. Los intereses institucionales y colectivos deben predominar sobre cualquier otra consideración personal. Las autoridades de turno se deben a la institución. Se necesitan autoridades ajenas a los intereses de grupos o partidos para alcanzar los fines más convenientes para el desarrollo de la universidad y del país.

El esfuerzo de los investigadores requiere del apoyo institucional. Los esfuerzos aislados pueden potenciarse cuando se multiplica la participación organizada y se cuenta con el aval institucional. A los peruanos nos urge recuperar la organización que vertebraba la estructura social a todo nivel antes de la conquista, además de los valores necesarios para reconocer lo significativo y descartar lo intrascendente. Sólo de este modo será posible una coexistencia en beneficio de nuestra universidad y de las mayorías del país.

La imagen de la universidad en la sociedad

Jorge Salmón Jordán

La Universidad Nacional Mayor de San Marcos es de alguna manera una casa propia para mí, pues me gradué en ella y guardo gratos recuerdos. Aquí he recogido afectos genuinos y respeto por muchos de mis maestros. Sin embargo, quiero confesarles que estudié en San Marcos no sólo por el privilegio y el prestigio que significa graduarse en una de las más antiguas universidades de América, sino que los horarios me permitían, aún siendo estudiante de Derecho, dedicarme a lo que sería mi vocación, mi profesión y hoy, curiosa e irónicamente, la razón de mi vida académica: la comunicación. Hoy, entiendo la comunicación en un marco bastante global. En ella se involucra el periodismo y la publicidad sumados a instrumentos muy importantes que los genera: la tecnología de punta, la cibernética y que nos señalan nuevos caminos que todavía suponemos pero que, sin duda, la computadora y el Internet nos aportan día a día, en el conocimiento y en el desarrollo del ser humano.

El tema global de este importante foro es La universidad en el Perú y lo que me corresponde hablar en esta amable invitación es sobre el claustro y la sociedad. Quiero salirme un instante del libreto para referirme al gran tema que la Universidad de San Marcos ha propuesto, es decir, la universidad en el Perú.

Sólo los historiadores y quienes realmente tienen o han hecho una investigación profunda sobre el desarrollo y la influencia de la universidad en la vida nacional, podrían con precisión determinar el valor, el aporte, pero también la frustración y el desencanto que, a veces, la universidad en su conjunto le ha deparado al país. En mi perspectiva de comunicador la universidad, lamentablemente, no ha podido cumplir aún la razón de ser, el motivo fundamental de su existencia. No siempre la universidad ha cumplido su papel formativo. No siempre los gobiernos la han interpretado correctamente. No siempre se le ha dado el apoyo necesario. No siempre se le ha reconocido el valor que tiene para impulsar no sólo el conocimiento y la cultura sino, en particular, encontrar nuestra identidad, nuestra necesidad de hallar un destino común como sociedad mestiza, por ejemplo, respetuosa de los valores trascendentes de nuestro país.

Si a un grupo de adultos razonables se nos preguntara por qué enviamos a nuestros hijos a una universidad, lo más probable es que contestemos que el objetivo prioritario es darles a nuestros descendientes un modo decoroso de ganarse la vida, pero esa es una respuesta limitada aunque válida. Otros podrían decir para formarlos. Esto es, darle la forma adecuada, el perfil, el sustento intelectual que los transforme en ciudadanos de provecho.

El origen etimológico de la palabra alumno proviene de alimento. Es la imagen del desnutrido; vale decir del que se nutre de conocimientos para que obtenga el peso específico intelectual que potencie su utilidad a los demás y su utilidad a sí mismo en la vida que tiene por delante, en sociedad, en el conjunto con otros seres con quienes tendrá que compartir. Por esta razón, es importante que la universidad en el Perú nos dote de una clara percepción de nuestra identidad cultural, pese a la aldea global, con todas sus bondades y con todas sus grandes desventajas. Como dice José Matos Mar, "identidad nacional significa una fusión armónica de los múltiples legados culturales que entran en la composición de su historia y sobre todo la respetuosa recuperación del legado autóctono. Sólo asumiendo esta perspectiva por encima de las diferencias y las contradicciones que la coyuntura pareciera tratar de resaltar podemos crear una nación verdaderamente solidaria".

Como pueden observar, el tema no es fácil. Tenemos diferencias geográficas, idiomáticas, étnicas, culturales, sociales, económicas, en nuestras costumbres, relaciones interpersonales y, en fin, en muchos temas más, donde los muchachos que salen de la universidad tienen que enfrentar con estos elementos variados que nos da nuestra sociedad. Pero, justamente, nuestra identidad se conceptúa en esta diversidad, en la diferencia cultural y étnica. Ello debe no sólo enorgullecernos sino debe ser una temática de la universidad. Es un tema con el cual yo estoy comprometido desde hace algunos años. Lamento no tener el conocimiento suficiente como hubiese querido tener –y que la sociología o la antropología me lo hubieran dado–, pero me parece que es un elemento sustantivo en la realidad de nuestro país y es una necesidad imperiosa que la universidad lo tome como un tema central.

Esto se da porque el mundo viene desarrollándose de manera vertiginosa. Hoy todos estamos cada vez más cerca. Sobre esto hemos escuchado al profesor Holloway y también a mi amigo Max Hernández. Los conocimientos se adquieren en forma sorprendentemente rápida y consecuentemente la información resulta el capital más importante para el desarrollo del ser humano. Ese es el tema que ocupa todos los días mi trabajo profesional, empresarial y académico.

Nuestro país necesita de esta información, de esta cultura, ojalá basada sobre valores y sobre nuestra propia identidad con un absoluto compromiso social. Por ello, la universidad tiene una responsabilidad muy grande. Sólo ella puede enfrentar dos temas que yo los he definido con poco sentido académico y más bien práctico, un tema que se llama actitud y el otro referido a la aptitud.

Creo que se debe transmitir a nuestros alumnos la actitud de saber que cumplen una labor de importancia vinculada y vinculante con nuestro país, con su identidad y con su futuro. Su formación académica y su actividad estarán comprometidas no sólo con su profesión sino con la propia vida, con el país, e incluso ahora, con la región y con el mundo. La aptitud debe estar relacionada con los conocimientos, por cierto, pero con el claro propósito de obtener una percepción basada en las humanidades y en las ciencias a fin de que los profesionales tengan una visión global y no sesgada. Esta es una

experiencia que nosotros estamos viviendo en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), una universidad muy joven, que nos está dando interesantes resultados. En la época que yo estudié, inicialmente en la Católica y después en San Marcos, no necesariamente se daba esta situación. En humanidades estábamos inmersos en lo humano y era muy difícil tener conocimientos vinculados a las ciencias. Hoy existe una serie de componentes que ayudan a que ambos sean combinados y se integren.

Debemos conseguir que nuestros alumnos logren una posición culturalmente sólida, que la preparación sea técnicamente fluida pero, sobre todo, con una perspectiva de compromiso, no sólo con sus futuros clientes si son abogados, ingenieros, arquitectos sino, además, con el país y sus múltiples carencias. Se habló anteriormente de la pobreza y esa es, precisamente, una de ellas. A mayor conocimiento de nuestro país, más cercanía a nuestra realidad y, curiosamente, mayor posibilidad de que los profesionales en su actividad actúen como verdaderos profesionales.

Otra faceta importante es la creatividad, un tema siempre de interés y que lo trato con muchísima frecuencia en la UPC, donde es una temática permanente. Ésta ayuda a encontrar caminos innovadores para poder desarrollar el propio perfil de la universidad, el perfil de sus profesores y consecuentemente de sus alumnos. Nosotros entramos en un debate interesante para discernir, discutir y diferenciar lo que es creatividad e innovación. La rápida exposición de éste me ayudará a llegar a la conclusión que deseo alcanzarles.

La creatividad es un proceso mental que genera ideas y la innovación es la aplicación práctica de esas mismas ideas. Si ambas posibilidades que tiene el ser humano, creatividad e innovación, las aplicamos vía la universidad a la sociedad, es muy probable que estas ideas, estas propuestas, que no dejan de ser elementos absolutamente intelectuales, puedan materializarse y constituirse en instrumentos vinculados al desarrollo y al progreso.

Tengo también una particular impresión –puede ser intuición que, por supuesto, es una teoría que quisiera discutirla con algunos de mis colegas– de que la tecnología nos llevará a mediano plazo –no sé si lamentablemente– a un nuevo concepto de universidad: la uni-

versidad virtual, si es que ya no se está dando, tendría un carácter muy importante. Sería un concepto nuevo de la institución, de la universidad, de los profesores y de los alumnos. No afirmo que sea mejor, simplemente creo que es algo que se viene e iría más allá de la educación pública y privada. Nos llevaría a una suerte de cambio del cambio. En tanto la tecnología avance es muy probable que esa limitante, que Max Hernández ejemplificó con porcentajes, de los que no tienen acceso a la computación, de aquí a un par de décadas se reduzca en virtud de la baja de costos de los implementos tecnológicos.

Entonces, a la luz de lo dicho por el profesor Holloway y por mi amigo Max Hernández, podría deducirse que el conocimiento y la responsabilidad de quienes lo imparten, enfrenarán en pocas décadas el salto cualitativo más importante de la universidad en el mundo. Esta universidad virtual probablemente va a competir con las universidades tradicionales. Su imagen será otra, menos humanizada pero quizás con una gran profusión de información que impulsará aún más la investigación y el conocimiento.

A propósito de imagen, más de una vez me he preguntado si las universidades generan deliberadamente la suya y si ésta se orienta hacia el mercado o a la comunidad. A su vez si esa proyección se crea por sí sola o en algunos casos es consecuencia de las estrategias del marketing, las que indudablemente han incursionado en los sectores académicos durante los últimos 20 años.

Ciertamente, las universidades proyectan en algunos casos una aureola sorprendente. Y ello no es patrimonio solamente de aquellas que cuentan con la solera de la antigüedad y la reputación de su historia y nombre. Intervienen desde luego, la reputación de ilustres profesores o destacados alumnos. Evidentemente las hay: Harvard, Chicago, Stanford, Oxford, Cambridge, MIT, son nombres que encandilan con razones más que suficientes, pero, además, hay un cierto manejo del marketing institucional absolutamente mensurable. Han logrado "posicionar" sus nombres como marcas en el segmento intelectual, logrando con ello beneficios que son tangibles en los momentos no sólo de captar alumnos sino en el concierto mundial de las donaciones y en la fructífera relación con grandes corporaciones, que

a su vez requieren de la pátina académica para que su propia imagen también destaque. En el Perú ocurre más o menos lo mismo, salvando algunas distancias con Europa y Estados Unidos.

Evidentemente, San Marcos tiene a su favor los conceptos de la antigüedad y de ilustres rectores, decanos y catedráticos que han pasado por sus claustros, así como la brillantez de sus alumnos que destacaron en importantes cargos privados y públicos. Por cierto, tiene, además, la relevancia de su antigüedad y desde donde se ha difundido el pensamiento de ilustres peruanos.

La Católica no se queda atrás, desde luego, aunque en la última década, universidades como la de Piura, Pacífico, UPC, Lima y Ricardo Palma reflejan también una imagen de sustento académico y de modernidad.

Pareciera que la aparición de este tipo de universidades se ha ubicado en la mente del usuario de manera pertinente y atractiva, comunicando modelos educativos y modernos donde al margen del compromiso académico para la formación de sus alumnos cuentan con mecanismos profesionales que encausan su imagen y a través de ella logran sus objetivos institucionales y de carácter empresarial.

La verdad es que la imagen de las universidades resulta un tema interesante ligado directamente a los mecanismos de comunicación y de marketing. Ocurre simplemente que algunos lo hacen sin instrumentos técnicos y otras cuentan con estrategias y objetivos de mercado, que por cierto son absolutamente válidos aun cuando estas universidades encuentren resistencias en algunas opiniones ilustradas que prefieren visualizar al claustro académico totalmente alejado de criterios empresariales.

Concluyo con mi agradecimiento reiterado a la Universidad de San Marcos y con el deseo de que continúe, a pesar de esta tecnología revolucionaria que simplemente he insinuado, teniendo la imagen de Universidad Decana de América, además de ser la institución que justamente no requiere de instrumentos de marketing para lograr el prestigio que mantiene durante generaciones.

Mesa de discusión 3

Intervenciones de los asistentes

–Dr. Roque Carrión. En Venezuela hice una entrevista sobre el tema “De la universidad clásica a la universidad online”. Esto requiere una reflexión más allá de la mal llamada “sociedad del conocimiento”. Me extraña mucho que la gente se impresione tanto y dé un valor exorbitante al hecho de que hoy la información se consiga a la velocidad del segundo y se diga, además, que el conocimiento está en Internet. Yo no encuentro allí realmente ninguna novedad. Probablemente eso mismo pasaba cuando San Marcos llegó a tener doscientos mil volúmenes.

El ejemplo de la aldea global dado por Max Hernández me hizo recordar que en el Perú, antes que la aldea está el caserío, el caserío global; después viene la aldea y después viene la ciudad. Así, tener en este caserío una computadora con supuesta fluidez eléctrica, contar con un proveedor de equipos y de mantenimiento, poder pagar las llamadas internacionales son cosas maravillosas pero que conviven con una serie de problemas y eso es lo que no se dice. En este sentido, la pregunta que también se hacen en París o Estados Unidos es que, además de tener ahora la información al instante ¿hay

un cerebro que piensa por nosotros?, ¿hay un tiempo real que va de acuerdo con la información al instante? No es posible leer ni reflexionar toda esa masa de información, con la misma velocidad que se la obtiene.

En una reciente experiencia sobre el uso de Internet como “instrumento de investigación”, los estudiantes me decían que habían consultado “todo Internet y que no habían encontrado nada”; daban así por concluida la investigación. Lo anterior ejemplifica la poca ventaja que da el hecho de tener la información al instante; nos olvidamos que todavía hay que hacer el trabajo de pensar, de reflexionar, de leer y de trabajar. De tal manera que esto de las universidades a distancia a través de Internet o en línea, me parece realmente un despropósito en relación con lo discutido sobre la naturaleza de la universidad. Si la universidad es un lugar para pensar, para reflexionar o para tener un conocimiento crítico sobre el mundo, que yo tenga la información al instante y en abundancia es sólo el comienzo de un largo camino por recorrer. Por eso es que me parece un abuso de lenguaje decir que estamos en la “era del conocimiento” cuando hablamos de la “era de la información rápida”. Yo entiendo que eso sirve para aquellos que trabajan con manuales de instrucción. La “cultura del manual de instrucción” brinda, efectivamente, todos los datos que hay que saber para manejar tal cosa. Si eso es conocimiento, si eso es tecnología y si eso es progreso y desarrollo, obviamente que el que tiene todos los datos de cómo se arma un Mitsubishi está mejor capacitado que el técnico que no los tiene. Pero, ¿eso es el conocimiento? ¿Eso es la universidad?

Muy rápidamente se aceptan estas extraordinarias novedades, pero sus efectos reales tendrán que ser revisados. Estas universidades en línea, obviamente, no pueden ser más que negocios concordantes con el avance de la información. Desde este punto de vista, me parece, San Marcos debería hacer un simposio internacional global para poner las cosas en su sitio y, sobre todo, invitar a la gente que vende estos paquetes y decirles que además de vender deben reducir los costos a cero. Como decía Max Hernández, hay mucha gente que nunca ha hablado por teléfono ni puede pagar en su casa una computadora. ¿Cuánta gente antes usaba máquina de escribir?

¿Todas las universidades tienen computadoras para todos los estudiantes? Todo esto me parece realmente una exageración o una estrategia para vender. Una universidad que haga de eso su objetivo debería competir con las compañías que venden información pero no ser llamada universidad.

Por último, quisiera referirme a la "autoestima" abordada por Max Hernández y también por Ruth Shady. Esa palabra me ha sido siempre "sospechosa" porque la asocio con esas ideas de "cómo ganar amigos en cinco días". ¿Qué significa autoestima con todas las cosas que hemos dicho párrafos antes? Max Hernández hablaba de la situación de América Latina según indicadores de la UNESCO. ¿Cómo elevar la autoestima en un país, un continente con hambre y miseria? La autoestima está basada sobre valores positivos y no sobre valores negativos. De manera que esto de la autoestima me parece que tendría también que revisarse y comenzar a hablar en función de otras formas de autoconocimiento y de autorrevaloración del trabajo, en el caso universitario.

—Mg. Ricardo Falla Barreda. Al escuchar los valiosos alcances de los ponentes confieso que me vino a la mente una vieja lectura de George Gadamer, Verdad y método. Dice Gadamer que uno de los fracasos de los pueblos se manifiesta cuando las tramas históricas y estéticas se han destruido y eso es lo que constato esta tarde. El Perú tiene una vasta experiencia universitaria, como pocas en todo el continente americano; sin embargo, los peruanos no conocen esto.

La universidad surge en Bolonia en el siglo XII como una corporación de maestros, alumnos y egresados, como se decía, *universitatis magistrorum et scholarum edicipulorium*. Ese perfil de universidad adoptó San Marcos y tercamente lo ha mantenido hasta el presente. San Marcos, pues, tiene un perfil clásico que estriba en privilegiar las humanidades. A eso se le llama universidad clásica como son las de Cambridge, Oxford, Salamanca, Lovaina, Sorbona, etc. Sin embargo, ¿qué es lo que caracteriza a la universidad?: la investigación. Pero la investigación es un problema que se presenta en casi todas las universidades, lo que tendríamos que ver son los grados de investigación. Una cosa es investigar, por ejemplo, sobre energía nuclear y otra

es investigar nuestros modestos textos de literatura. La inversión para el primer caso es cuantiosa, para el segundo ejemplo, no lo es tanto. Ese es uno de los problemas centrales no sólo de la Universidad de San Marcos sino de cualquier universidad privada: el financiamiento de los proyectos de investigación y la infraestructura adecuada para realizar estas actividades.

Los funcionarios del Banco Mundial que medían la excelencia de las universidades contabilizaban lo siguiente: Cuando una universidad es excelente dicen "tiempo de existencia"; bueno, San Marcos tiene 450 años, eso ya es extraordinario. Segundo, "número de facultades", 20 facultades; es el mayor complejo de facultades del Perú. "Número de profesores", 3 000; ¡caramba! Continúo –pensando como el Banco Mundial–, "número de estudiantes", 30 000; maravilloso. "Posgrado", 90 especialidades en maestría, 15 secciones en doctorado; el más amplio y completo posgrado en el Perú, eso es ya el non plus ultra. "Infraestructura", la Casona, San Fernando, la Ciudad Universitaria con su estadio, etc. El presupuesto para todo esto, me contaba el profesor Germaná, es de 150 millones de soles, vale decir, cerca de 45 millones de dólares. Si tomamos estos indicadores del Banco Mundial, estamos frente a la mejor universidad del mundo y sabemos que eso es simplemente un sofisma.

Nosotros somos conscientes de nuestras carencias pero también de nuestras potencialidades. En los últimos quince años –para replantear lo dicho por Jorge Salmón–, ¿qué le ha entregado la universidad al Perú? Acaso alguna vez le ha dicho: "oye pueblo peruano, toma esto, te lo damos para ti, para que lo disfrutes, para que lo construyas, etc."; surgen a la vista los resultados casi nulos. En cambio San Marcos, así de pobre con sus 150 millones de soles, con sus carencias, con su burocracia, con su lentitud, sin embargo, ha entregado la Ciudad Sagrada de Caral, impulsó también la visión multicultural que ahora está en todos los programas de estudios de educación secundaria. ¿Cómo el Perú hubiese afrontado la peste del cólera en 1992 si no hubiera existido el Instituto de Medicina Tropical de San Marcos?. Esto se debe a que hay un factor que, en mi opinión, no está en los indicadores del Banco Mundial ni en ningún otro, es el afecto.

La mayoría de los profesores de la universidad hemos aceptado el desafío de hacer universidad pública aceptando sueldos que son ridículos, por decir lo menos. Hay, pues, un nivel de afecto a la institución, un nivel de afecto al país, hay un nivel de gran afecto por el pueblo peruano que la sostiene y esa es la autoestima de la que Ruth Shady hablaba; coincido con ella plenamente, con ese prefijo griego auto que significa propio, uno mismo debe tener una gran valoración de su persona y de su sociedad. Sin embargo, nos falta trabajar mucho en esa línea. Por otro lado, Max Hernández se interrogaba sobre San Marcos hoy y, además, planteaba como un desafío su trabajo en conjunto con otras instituciones. Pero cabe recordar que no estuvo tan sola, estuvo acompañada de cuatro o cinco universidades que vienen del período virreinal, entre ellas Huamanga y San Antonio Abad del Cusco, en los reinos del Perú que era todo Suramérica. Hoy en día, sin embargo, son setenta universidades entre públicas, privadas y particulares. De acuerdo con el Banco Mundial, un país que tiene setenta universidades es un país pujante, no es un país subdesarrollado, ni siquiera en proceso emergente. Pero si tomamos en cuenta el criterio de calidad la figura no es la misma. Entonces, ¿cómo San Marcos podrá realizar sus actividades teniendo en cuenta que no está sola? Creo que allí está el desafío.

Cómo construir una comunidad científica, cómo construir una comunidad intelectual. Yo creo que actividades como las de este foro están contribuyendo a eso, con puntos centrales para construir universidad en una nueva época y sobre todo para una realidad como la nuestra que ha perdido sus contextos, que trata de reconstruir sus contextos históricos y estéticos. Mis alumnos desconocen todo lo que hay en esta Casona porque están destruidos sus contextos. Gadamer decía que un pueblo tiene éxito cuando sabe valorarse históricamente. Puede destruirse cuando tiene sus contextos históricos intactos, caso de Israel, de Alemania y Japón, estos dos últimos países destruidos por una guerra, incluso con bombas atómicas encima, porque tuvieron sus contextos históricos casi intactos. Por allí, me parece, está una de las reflexiones centrales de nuestra universidad: cómo contribuir a la reconstrucción de sus contextos históricos a escala nacional y obviamente también de su contexto estético.

–Pregunta del público. San Marcos tuvo la influencia de diversos modelos educativos desde la experiencia europea, a través de España y Francia, también tuvo la de Estados Unidos en diferentes etapas, inclusive cuando se trató de aplicar un modelo de prevención contra una supuesta cubanización en Latinoamérica, y posteriormente recibió también la influencia de los países socialistas.

Cabe preguntarse, entonces, ¿cómo se traduce todo esto que estamos hablando en las universidades nacionales; por ejemplo, en relación a las funciones de la universidad o en el plan de estudios? ¿No es cierto que en muchas facultades solamente existe una asignatura correspondiente a investigación? ¿Cómo se transcribe esto como eje integrador de la investigación en el marco de la experiencia de enseñanza y aprendizaje? ¿Cómo traducir la integración social en la formación del futuro profesional, en la formación de recursos humanos? Es necesario, pues, no perder el eje integrador para que todo no se quede en lo lírico, en cascarón, sin esencia.

–Dra. Gloria Larrabure Torrealba. Después de escuchar las intervenciones con suma atención creo que es indudable que la Universidad de San Marcos, a pesar de ser imperfecta, es donde hay mayor participación de docentes y estudiantes. Al hablar de autoestima, de la enseñanza y de la investigación, después de escuchar especialmente a Ruth Shady, nos cercioramos del trabajo en una universidad pública, del trabajo de los investigadores; eso es lo que San Marcos crea. Sin hacer un canto de elogio a San Marcos, es necesario recordar nuestra función cuestionadora y crítica que muchas veces nos deja solos. Lo fundamental en todo esto, la ética, ha sido olvidada por varios motivos y ningún sector, menos de izquierda, abordó el problema en los tiempos de dura crisis. Ha tenido que ser el ilustre representante de un partido, el doctor Paniagua, el que venga a recordarlo.

San Marcos ha defendido como ninguna universidad la ciencia básica. La ciencia básica en un país, sobre todo subdesarrollado, significa el grito profundo de la raza humana en defensa de su derecho a pensar. Eso es lo que debemos rescatar y eso es San Marcos. Independientemente de todos los avatares, los cuestionamientos y las di-

ficultades que tenemos, aún existen jóvenes que se integran a la vida universitaria para hacer investigación a pesar de la dureza de la vida... y no hay universidad más dura que San Marcos. Vienen a hacer ciencia básica pensando en el país. No hay actitud más humana y, por eso, al hablar de autoestima, es necesario no confundirse porque allí hay mucha influencia de economía de mercados. Ésta supone que alguien está contento cuando tiene un auto, una casa, puede viajar, tiene dinero y aparece en las crónicas sociales reiteradamente. Sin embargo, la verdadera autoestima se da cuando uno hace lo que siente profundamente y cuando lo que siente realmente tiene los valores más altos de la raza humana. Eso felizmente lo encontramos todavía en el entorno de San Marcos.

Cuando yo empecé, en el año 70, era la única astrónoma. Próximamente se integrará al ahora numeroso grupo un astrónomo muy brillante, joven, con propuestas muy importantes. Junto a las autoridades de la universidad, hemos trabajado para conseguir este apoyo. Estamos haciendo un miniobservatorio en el Cusco con la colaboración de las cuarenta comunidades andinas de la zona que nos han hecho la carretera. Así desarrollamos nuestro compromiso con el ser humano. No niego que este compromiso con los valores no se encuentre en las universidades privadas, pero es imprescindible en una universidad pública donde confluye gente de todos los sectores del país que inclusive recién está perfeccionando el castellano como segunda lengua.

Sin embargo, en América Latina tenemos un problema muy serio con respecto a las instituciones públicas: son muy rígidas. Desde la Colonia hemos arrastrado el casuismo y formalismo jurídicos que aún subsisten. Por otro lado, contamos con sociedades que se están mutando muy rápidamente, son las sociedades que están cambiando de piel cada diez o quince años, cada generación. Esta sociedad peruana de ahora no tiene nada que ver con la que yo conocí hace sólo veinticinco años. No querer verla es ya empezar a equivocarse. Instituciones como la universidad tienen muchas dificultades para cambiar y adaptarse a eso. De algún modo, los que pensamos desde la universidad tenemos que buscar su flexibilidad y no esperar que las sociedades se adapten a ella. Las sociedades continuarán siendo

cada vez más flexibles, son cada vez más viables. Entonces hay que distinguir entre ideales y hechos. Por lo tanto, pregunto finalmente, ¿qué es lo que no permite que la universidad integre a la persona como persona, como individuo, sin enajenarlo de su barrio, su cultura, su lengua?

Intervenciones de los ponentes

–Dr. Max Hernández. Lo planteado por el profesor Roque Carrión es absolutamente importante. Yo sí creo que a Hegel es mejor leerlo en un libro y probablemente mucho mejor si es en alemán y mejor todavía si está impreso en caracteres góticos porque si no hay algo de lo que él dijo que se pierde no sólo en la traducción sino en su presentación tipográfica. Sin embargo, de repente también es importante que Hegel llegue así sea vía Internet a algunas de esas personas que ni siquiera pueden hablar correctamente el idioma castellano. Entonces, tenemos acá un doble problema: ¿cómo mantener la calidad del pensamiento académico que en San Marcos anidó con tradiciones excepcionales y al mismo tiempo abrir una universidad a la demanda social y también utilizar las exigencias de la tecnología?

Algo de eso ha dicho Ruth Shady al tratar sobre la autoestima. Sin embargo, estamos hablando de algo que podría llamarse amor propio, respeto a las tradiciones, recuperación de valores históricos y también una sensación que se ha ido perdiendo en nuestra patria con muchísima fuerza. No sólo son cambios, creo que hemos vivido tres catástrofes. La primera de éstas se dio cuando un partido político de larga tradición llegó al poder con un ideario desgastado. Se produjo así el desastre económico en dos tiempos, una hiperinflación galopante y una recesión espantosa que continúa hasta ahora. Fue el fracaso de una suerte de ideal de modernización un poco “al alcance de todos los bolsillos”. En segundo lugar está la corrupción y la brutal violación de derechos humanos que lamentablemente siguen pautas atrocemente tradicionales en nuestro país. La violación de los derechos humanos se dio principalmente en las poblaciones andinas, comunidades, caseríos, aldeas, villorrios que han desaparecido del mapa; hay, pues, una urgencia de recuperación de ese amor propio,

de esa autoestima, de ese ligar tramas históricas con tramas estéticas modernas. Para esto tenemos que tomar en cuenta los cambios ocurridos en la sociedad; la tecnología, posiblemente, abre algunos espacios importantes de integración así esté lamentablemente limitada a segmentos que tienen la posibilidad de acceder a ella.

Qué es lo que pasa, por otro lado, cuando se dice que San Marcos aliena en vez de educar. Yo no estoy tan seguro de eso; no creo que mejorar la capacidad de reflexión tenga que necesariamente producir alienación, no creo que sea así. Creo que hay un problema muy importante en cuanto a adhesiones, a rasgos de identidad, que no necesariamente son esenciales pero que se defienden como si fueran tales. Hay una tarea muy grande y el punto esencial, a mi entender, es cómo San Marcos, con la gloria y el peso de su tradición, va a contribuir a la creación de esa comunidad. Hemos escuchado diversas formas de entender San Marcos, pero también hay muchas formas de ser sanmarquino. Existe el profesor que se dedica enteramente; hay, de repente, el sanmarquino que tiene guardado el orgullo y quiere ver cómo participa de la comunidad universitaria. Hay también la persona que pasó por San Marcos y San Marcos le enseñó, como es mi caso, todo lo que aprendió de este país. Entonces, creo que también hay una especie de exclusivismo sanmarquino, una especie de chauvinismo que puede ser excluyente de las posibilidades de intercambio y de redes de vínculo con otras personas e instituciones.

—Dr. Jorge Salmón. Quiero expresar mi coincidencia con lo que dijo el Dr. Delich, estoy muy cerca de lo que él piensa. Es difícil que las sociedades y las universidades marchen a la misma velocidad. Definitivamente eso no se da y la historia nos lo demuestra.

Por otro lado, tengo dudas similares a las expuestas con respecto a las universidades en línea. Sin embargo, recientemente escuché a un escritor peruano muy querido y connotado con el que hace no más de 35 años conversábamos sobre las computadoras y era totalmente reacio a ellas. Lo mismo escuchaba de muchos periodistas, pero hoy en día todos ellos no dudan en aceptar este desarrollo. Es muy probable, entonces, que en un par de décadas tengamos una serie de instrumentos que nos permitan tener ya no sólo acceso a la informa-

ción, sino acceso al conocimiento. Hace diez años no sabíamos del CD room, hoy el disco compacto es un instrumento educativo que tiene una serie de aportes al conocimiento. Desde luego, por razones generacionales estoy muy cercano a lo que dijo la mayoría de todos ustedes sobre el carácter insustituible del libro. Max Hernández anotó que sería ideal haber leído a determinados autores en determinadas características tipográficas; sin embargo, puede ser que el avance de la tecnología, el avance del futuro, nos esté ganando por no poder adaptarnos a la realidad de la modernidad.

–Dra. Ruth Shady. Quisiera contestar brevemente al profesor Falla, agradeciéndole por sus comentarios, en relación con la pregunta sobre los perfiles y la investigación. Pienso que no tenemos que destacar en todo, preocupémonos por apoyar aquellas materias o campos donde hoy somos competitivos, donde tenemos calidad profesional, eso no quiere decir que sea siempre así. Las coyunturas cambian, las personas también; tendremos profesionales competentes en otros campos más adelante y también entonces cambiaremos los apoyos que hagamos, dirigiéndolos a los campos competitivos para entonces. De modo que si la universidad quiere evaluar y presentarse con un perfil determinado, como en cualquier parte del mundo, que lo haga dentro de las circunstancias que vive y en aquellas materias o campos donde tiene un desarrollo presente destacado.

En cuanto a la informática y el trabajo con la información quisiera mencionar, desde mi experiencia, que también ha sido fatal el uso exagerado de los programas de cómputo. Muchos arqueólogos se dedicaron en las últimas décadas a trabajar con modelos, ya no fueron al campo y han estado repitiendo y aplicando esquemas de procesos culturales de otras partes del mundo. Yo creo que, como bien se ha dicho acá, la universidad debe ser un espacio de crítica, de procesamiento de datos, de búsqueda de nuevas informaciones y debe retroalimentarse permanentemente.

En cuanto a la autoestima, pienso que las categorías no deben asustarnos, podemos cambiar los calificativos pero el problema siempre seguirá siendo el mismo. Reconozcamos que existe una ruptura, que un gran sector de la población no se identifica con su tradición

cultural. Esa es una realidad, uno lo puede constatar en muchas expresiones. ¿Cómo se manifiesta esta situación?, en la inseguridad y la inseguridad es una limitación para cualquier programa de desarrollo. Si el país y los gobiernos de turno quieren comprometerse con su desarrollo, tienen obviamente que poner atención a este problema porque no se pueden esperar obras creativas, contribuciones significativas, si la gran mayoría de la población no está segura o no se siente capaz de los logros que se le piden para cambiar su realidad. San Marcos representa al país; se ha dicho muchas veces que los problemas que éste tiene podemos constatarlos en la universidad.

Cuando era adolescente hice un viaje con mi padre a Ecuador y me llamó mucho la atención cuando visité la Universidad de Quito. Allí vi que los estudiantes llegaban a la ciudad universitaria con sus trajes típicos. A pesar de la diversidad cultural del país, nunca hemos visto en San Marcos, por lo menos en mi generación, llegar a huancaínas, ayacuchanas o cusqueñas con sus trajes típicos. ¿Por qué?, porque hay un problema de reconocimiento de la identidad cultural. Ese problema sigue vigente; la gente niega si habla el quechua, los padres no quieren enseñarles a sus hijos el idioma nativo. La Universidad de San Marcos debe tomar conciencia por representar esa diversidad cultural histórica y social del país. Podría, entonces, empezar a trabajar en el cambio de actitudes. Para ello tiene que volcar sus ojos al país, con lo que no quiero señalar que nos olvidemos de los avances tecnológicos, de los avances en el conocimiento de la ciencia y la tecnología. Tomando el pensamiento de Mariátegui, me parece que con todos esos elementos debemos mirar nuestros problemas, observar nuestra geografía, mirar a este país porque es nuestro y nos necesita y si somos la intelectualidad del país atendamos los problemas de éste.